Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seglares

MINISTRI DEI
Servidores de Dios

FEBRERO 2013 N.º 41

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL

Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 Jaén
(España)

E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

Teléfonos
923 286 689

Imprime: Catena 3, S. L.
Depósito Legal: J-388-2009

Sumario

San Agustín, Doctor de la Iglesia "De la Filosofía a la Fe".....1

Reflexión histórica sobre el signo de la Fe"..... 2-3

Si la vida eterna, el gozo pleno de Dios, es lo propio de los bienaventurados en el cielo, la fe es el "aquí y ahora" de la vida eterna. Es participación, sustancia de lo que esperamos, abrazo de amor con Aquel que se nos concederá alcanzar en la patria definitiva del cielo.

Monseñor Reig Plà

SAN AGUSTÍN DOCTOR DE LA IGLESIA "DE LA FILOSOFÍA A LA FE"

Que gran regalo ha dado a la Santa Madre Iglesia S. S. Benedicto XVI al instituir en su C. A. *Porta Fidei*, EL AÑO DE LA FE. El Misterio de la Fe, es el punto de partida para un acercamiento al conocimiento de Dios, necesitando fortalecerla, profundizando en las fuentes de donde mana: las Sagradas Escrituras, el CIC, los Sacramentos, la Eucaristía y en los Santos Padres que han nutrido de sabiduría divina el Magisterio de la Iglesia.

La Fe es a la vez, gracia de Dios y respuesta humana a esa gracia. Tener Fe significa creer -firmemente y sin dudar- todo lo que Dios nos ha revelado y lo que la Iglesia Católica nos propone como motivos de Fe. Nuestra inteligencia tiene la tendencia a creer las cosas que son evidentes. Como hay verdades divinas no evidentes, para creerlas se necesita nuestro asentimiento a esas verdades divinas. En resumen, la Fe -según palabras de Santo Tomás- *"es un acto del entendimiento, el cual se adhiere a la Verdad Divina, mediante una orden de la voluntad movida por la gracia de Dios"*.

"¡Señor, aumenta nuestra fe!" (Lc 17, 5) dice el apóstol, señal de que puede ser escasa o perderse. Pocos como San Agustín exponen claramente el misterio de la Fe como fuente originaria para creer en Jesucristo. Así el Santo de Hipona nos dice: *"Los creyentes se fortalecen creyendo"*.

Agustín, llegó a la conversión partiendo de la Filosofía con la lectura de una obra de Cicerón: El *Hortensius,* donde el culto a la razón engalanaba entonces su "soberbia intelectual", al compararla con los escritos cristianos y su visión antropomórfica propia y personal de Dios, sin embargo, trató de reconciliar la razón filosófica de los pensadores griegos con las creencias y enseñanzas de Cristo y los apóstoles, para él, el conocimiento filosófico y la Fe religiosa eran complementarios. Así encuentra en San Ambrosio la lectura alegórica del Antiguo Testamento, lo que le lleva a una reconciliación con las Sagradas Escrituras llegando a coincidir con los pensadores de la Alta Edad Media que la filosofía no puede ser sino solamente cristiana. En efecto, si la filosofía aspira al conocimiento y a la sabiduría, atributos propios de Dios, y más concretamente, su Verbo intelectual encarnado en Cristo, el territorio de la filosofía pasa a identificarse con la religión cristiana. Además, como Cristo se da en la Fe, mediante la gracia y a través de las Escrituras *«la Fe viene del oído y el oído de la palabra de Cristo»* (Rom. 10, 17), el punto de partida de la filosofía debe ser la Fe y las Escrituras, la autoridad del Maestro divino.

Para San Agustín los conceptos filosóficos solo tienen valor en cuanto se ajusten y coincidan en un punto u otro con las verdades cristianas, complementándose e integrándose en ellas, ayudando a una mayor comprensión de las Sagradas Escrituras y procurando un entendimiento racional de la Fe (el «cree para entender» se da unido a un «entiende para creer») en el itinerario de la mente hacia Dios. La Fe no es contraria a la razón. Creer no significa abdicar de la razón. Tampoco la Fe puede ser contraria a la Ciencia, pues lo verdadero no puede contradecir a lo verdadero. La verdad tiene una misma fuente que es Dios y Dios no puede contradecirse. Las realidades no-sagradas y las realidades sagradas provienen de la misma fuente que es Dios. Así lo explica San Agustín, de cómo debe ser la relación entre la Fe y la razón, para qué y cómo utilizar nuestra inteligencia: *"Creo para comprender y comprendo para creer mejor"*.

Saulo de SantaMaría

REFLEXIÓN HISTÓRICA SOBRE EL SÍMBOLO DE LA FE

Cuenta una tradición piadosa que, reunidos los Doce apóstoles diez días después de la Ascensión, según unos, o después de Pentecostés, otros, y antes de iniciar su misión por todo el mundo, tomaron la decisión de elaborar una norma doctrinal para los creyentes, a fin de ofrecer a los pueblos un núcleo fundamental del mensaje de Cristo. Entonces, cada apóstol fue aportando un enunciado, dando forma a lo que se conoce como "Símbolo de los Apóstoles".

Esta tradición, tenida por auténtica por autores tan autorizados como San Ireneo o Santo Tomás de Aquino, no pasa de ser una piadosa forma de explicar el contenido e intención del símbolo de la Fe más antiguo del Cristianismo, y de todas las fórmulas que han compendiado la Fe durante siglos: *exponer de forma clara y sencilla el núcleo fundamental de la Fe de la Iglesia*.

Con motivo del Año de la Fe, y atendiendo a los deseos del Sumo Pontífice, nos acercamos, muy brevemente a la historia y contenido de los símbolos de la Fe, de sus orígenes y de la importancia de los mismos para la vida de todos los creyentes.

LOS SÍMBOLOS DE LA FE EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Si tuviéramos que indicar un precedente del Credo cristiano, tendríamos que volver nuestra mirada al Antiguo Testamento, más concretamente al Libro del Deuteronomio, atribuído a Moisés y en el que nos encontramos los elementos básicos de la Fe judía. Junto a la Pascua, fiesta central de la Fe judía, nos encontramos en el cap. 6, toda una "profesión de Fe", centrada en el acontecimiento del Éxodo, en el que se sintetiza toda la Fe israelita: *Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que Yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado.* (Dt 6,4-7).

Todo el cap. 6, del que hemos extraído el texto arriba citado, es una extensa y prolija "profesión de Fe", en la que nos encontramos todas las maravillas que Dios hizo con su pueblo al sacarlo de Egipto y las instrucciones para lo que habían de hacer una vez asentados en la tierra prometida. En el v. 20, se nos expone una "catequesis doméstica", donde el padre de familia debía instruir al hijo sobre los fundamentos de su Fe: *Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: "¿Qué son estos estatutos, mandatos y decretos que os mandó el Señor, nuestro Dios?", responderás a tu hijo: "Éramos esclavos del faraón en Egipto y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte"* (v. 20-21). El texto es más prolijo, pero con lo indicado aquí puede verse la importancia que para el pueblo judío tenia esta fórmula de Fe, hasta tal punto que debía tenerla, no sólo mentalmente presente, sino también físicamente; así, por ejemplo, en las jambas de las puertas era costumbre tenerla en una hornacina y besarla antes de entrar en los hogares, o también, tenerla atada a la muñeca, etc. (cf. v. 8-9)

Este texto constituía el núcleo esencial de la Fe israelita: la intervención de Dios en la historia del pueblo, pero también en la de cada uno de sus miembros, fijada en una fórmula concreta y fácil de repetir.

Dando un paso más, en los inicios del cristianismo podemos encontrar fórmulas que expresan lo esencial de la Fe cristiana, pronunciadas por los apóstoles en su predicación. En Hechos de los Apóstoles, por ejemplo, los discursos de Pedro y Esteban (Hch 3, 11-24; 7, 1-54), pueden verse como verdaderas profesiones de Fe, compendios de la historia de Salvación, que van desde los Patriarcas a Cristo, pasando por los profetas. Con San Pablo ya nos encontramos fórmulas más complejas, muchas de ellas recogidas por el Apóstol de las comunidades cristianas que visita, seguramente por su belleza, porque muchas de ellas forman parte de himnos que las comunidades iban elaborando, y donde se canta la eternidad del Verbo, el plan salvífico de Dios, la Iglesia como Esposa o Cuerpo de Cristo… En su carta a Timoteo, por ejemplo, una de las llamadas "pastorales", nos ofrece una fórmula de Fe corriente y básica entre los cristianos de las comunidades apostólicas: *Y ahora, en presencia de Dios que da vida a todo y de Cristo Jesús que dio el gran testimonio bajo el gobierno de Poncio Pilato, te encargo que guardes lo mandado sin mancha e irreprensiblemente hasta la vuelta de nuestro Señor Jesucristo* (1 Tim 6,13 s). Finalmente, el mismo prólogo de San Juan no sólo es uno de los himnos cristológicos más hermosos que contiene

la Sagrada Escritura, sino también una auténtica profesión de Fe cristológica, en donde se nos ofrece de un modo poético y teológico una síntesis del misterio de Cristo, Dios y hombre verdadero, que refleja la Fe de la comunidad de la que Juan recoge este texto.

Como podemos ver, dos funciones básicas cumplen, según lo que indican las Sagradas Escrituras, las profesiones de Fe: *servir de recordatorio permanente de las maravillas hechas por Dios a favor de su pueblo, y preservar y reflejar la integridad de la Fe*.

LOS SÍMBOLOS DE FE EN LA ÉPOCA PATRÍSTICA

Con el tiempo las fórmulas de Fe fueron haciéndose más complejas, y ello como resultado del desarrollo litúrgico, pero también para hacer frente a las herejías que iban apareciendo y que amenazaban con minar la Fe cristiana. Muchas de ellas surgieron en el contexto de la celebración del sacramento del Bautismo, en donde el candidato era interrogado sobre su Fe, de modo muy similar a como podemos constatar en las celebraciones actuales del Bautismo, sobre todo en las de adultos. Así fue surgiendo el "Símbolo de los Apóstoles", que en su forma más antigua, al menos para el ámbito de la Iglesia romana, contenía, de forma escueta, todo el misterio de Salvación: *Creo en Dios Padre omnipotente; y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de María Virgen por obra del Espíritu Santo; fue crucificado bajo Poncio Pilato y sepultado, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los Cielos, está sentado a la diestra del Padre, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; y en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia, el perdón de los pecados y la resurrección de los muertos*.

Sin embargo, sobre este esqueleto se edificó el que podemos llamar "símbolo de los símbolos", es decir, el Niceno – constantinopolitano, verdadero tratado teológico del misterio cristiano, y que nació como fruto de la reflexión teológica de la Iglesia sobre el misterio de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. El símbolo niceno, llamado así porque fue fruto del Concilio de Nicea (325), vino a poner de manifiesto en su articulado la Fe perenne de la Iglesia sobre la divinidad de Cristo, puesta en entredicho por Arrio, con estas palabras: *(…) y en un solo Señor Jesucristo Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el Cielo y las que hay en la Tierra…* Sin embargo, si bien, Nicea había solucionado la cuestión de la divinidad de Cristo, quedaba por resolver el asunto de la naturaleza del Espíritu Santo, y esta fue la misión del I Concilio de Constantinopla (381), en el que se definió la divinidad de la Tercera Persona de la Trinidad, frente a aquellos que la negaban. A lo dicho por el Concilio de Nicea sobre Cristo, y completando el articulado sobre el Espíritu Santo, el Concilio afirmó sobre éste: *(…) Y en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre, que juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, que habló por los profetas*.

Como puede verse, los símbolos de Fe fueron haciéndose más complejos a medida que las necesidades de la Iglesia iban exigiendo una mayor precisión a la hora de manifestar la Fe que se profesaba. El aprecio que estas fórmulas iban adquiriendo y su importancia en la Iglesia a nivel de catequesis, se pone de manifiesto a través de su presencia en la liturgia, espacio donde se expresa la Fe que se profesa, tal y como dice el adagio: *Lex orandi, lex credendi*. Puede resultar chocante pensar, por ejemplo, que la presencia del Credo en la celebración Eucarística es bastante tardía, estando presente antes en el Bautismo e incluso en la Penitencia, pues, hasta el siglo V - VII, era corriente exigir a los reconciliados que renovaran su profesión de Fe, y ello por la consideración de la Penitencia como un "segundo bautismo" entre los primeros cristianos.

SAN CIRILO DE JERUSALÉN

Por lo que hace a la Misa parece ser que la incorporación del Credo, en particular, del Símbolo Niceno – constantinopolitano se sitúa en torno al siglo VI, al menos para Occidente, y no en Roma, sino en la España Visigoda. En el contexto de la conversión de Recaredo y la consiguiente reacción antiarriana, resultaba lógico incorporar este símbolo a la celebración Eucarística como reflejo de la ortodoxia asumida por el pueblo visigodo. Esta práctica se fue extendiendo más allá de los Pirineos, encontrando un firme apoyo en el emperador Carlomagno, que también habría de tener un papel especial en la incorporación del *Filioque ("…que procede del Hijo…")* al Credo. Un texto del siglo IX, del abad Strabo, nos atestigua esta práctica en el ámbito carolingio: *El símbolo de la Fe católica se recita acertadamente tras el Evangelio en las Misas solemnes, de manera que gracias al santo Evangelio podamos creer con el corazón y justificarnos, y mediante el Credo podamos hacer la profesión con nuestros labios y salvarnos*. Pero su incorporación a la liturgia romana fue mucho más tardía, ya en tiempos

de Benedicto VIII (1012-1024), y ello a instancias del emperador Enrique II que, disgustado por no escuchar la recitación del Credo en la ceremonia de su coronación, solicitó al Papa que lo incluyera en la liturgia romana. Testigo de ello fue el abad Berno, que acompañó al emperador, y en su crónica recoge el argumento que esgrimían en Roma para no incluirlo: *Estaba yo presente cuando el dicho emperador les preguntó el por qué de su costumbre, a lo que respondieron que la Iglesia romana jamás se había visto manchada por escoria alguna de herejía, sino que se había mantenido incólume en la pureza de la Fe católica de acuerdo con la doctrina de San Pedro, así que el canto frecuente del símbolo les era más necesario a quienes pudieran estar manchados por alguna herejía*. El Papa accedió a los ruegos del emperador y el Credo fue incorporado a la liturgia romana, siendo esta la última en asumirlo en la celebración Eucarística, cuando ya era un uso común en las demás áreas de Occidente.

También en el ámbito de la catequesis el Credo tuvo un papel importante durante la época patrística. El carácter narrativo e histórico salvífico del mismo, servía a la perfección como medio para adquirir una formación básica de la Fe. En un contexto en el que resultaba difícil el acceso a las Sagradas Escrituras, dado que no todo el mundo sabía leer o tenía acceso a los libros sagrados, fue, junto a las grandes homilías patrísticas, el medio idóneo para que los cristianos conocieran la Fe que profesaban o estaban a punto de profesar. Un bello testimonio de este carácter catequético del Credo, nos lo proporciona San Cirilo de Jerusalén, que, en sus *Catequesis mistagógicas*, es decir, aquellas que explicaban a los neófitos los misterios de la Fe que habían abrazado tras el bautismo, nos habla de este valor del símbolo de la Fe: *Al aprender y profesar la Fe, adhiérete y conserva solamente la que ahora te entrega la Iglesia, la única que las Santas Escrituras acreditan y defienden. Como sea que no todos pueden conocer las Santas Escrituras, unos porque no saben leer, otros porque sus ocupaciones se lo impiden, para que ningún alma perezca por ignorancia, hemos resumido, en los pocos versículos del símbolo, el conjunto de los dogmas de la Fe.*

Con lo dicho aquí creemos que basta para dar una idea de la importancia que tuvo la aparición del Símbolo de los Apóstoles y del Credo Niceno – constantinopolitano para la consolidación de la Fe y su defensa frente a las herejías de la época patrística. En ambos símbolos se explicita la Fe contenida en las Sagradas Escrituras de una forma breve y accesible para todos los fieles, fruto de la reflexión de los primeros teólogos cristianos y del afán pastoral de los grandes Padres Occidentales y Orientales que desearon ofrecer a todos una síntesis auténtica de la Fe cristiana, frente a las fábulas y errores de su tiempo que amenazaban con desdibujar la persona y mensaje de Cristo.

EL SÍMBOLO DE LA FE Y SU IMPORTANCIA PARA LA VIDA CRISTIANA

Como hemos visto, resulta apasionante profundizar en la historia del Símbolo de la Fe, de cómo la Iglesia fue profundizando en el plan salvífico de Dios, comprendiéndolo cada vez más a la luz de la razón, pero también, de una forma hábil y humilde, ofrecer toda su riqueza a los cristianos en una fórmula breve. Aquí puede verse como la Iglesia, siguiendo la misma pedagogía divina, supo sintetizar toda la historia de la Salvación en unos breves enunciados, que esconden una gran riqueza teológica y espiritual.

Si el contexto vital del Credo es toda la vida del cristiano, este halla su momento cumbre en la celebración litúrgica de la Iglesia: por un lado, en la celebración del Bautismo, donde el hombre es engendrado a una nueva vida, se incorpora a la historia de Salvación narrada por el Credo, y al mismo tiempo, se compromete a conformar su vida con la Fe que profesa; por otro, en la Eucaristía, centro y cúlmen de la vida cristiana, el Credo es un "sí" con mayúsculas a la obra divina de salvación, que culmina con el triunfo escatológico de Cristo, que se hace presente a través de la Palabra proclamada y el Sacrificio ofrecido.

El Credo es, pues, expresión viva de la Fe de la Iglesia y de cada cristiano, que cuando lo pronuncia se inserta en el *misterium salutis,* vive la comunión de los santos y se compromete a anunciar aquello que sus labios y corazón profesan con fervor y convicción.

Vicente Escandell Abad
Seminarista